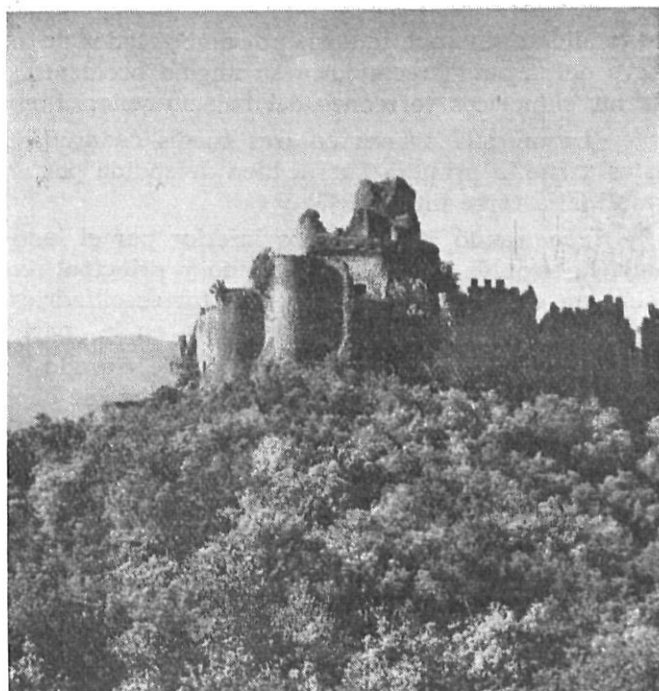


El Castillo de Montsoriu

Por JAIME PUMAROLA



La magnitud de construcción del castillo de Montsoriu ha sido más poderosa que la destrucción por abandono, y todavía, a pesar de sus techos derruidos y paredones hundidos, puede apreciarse la totalidad de su planta y conjunto monumental con riquísimos elementos que el romántico Piferrer describió con gran admiración.

El cronista Bernardo Desclot, al enumerar los castillos que estaban en poder del rey Pedro el Grande en 1285, cuando las fuerzas de Felipe el Atrevido habían invadido nuestro territorio, hace mención especial del castillo de Montsoriu, y escribe: «...se tenia lo castell de Montsoriu, qui és un dels bells e nobles del món e és del comte de Empuries». No es bien exacto lo que dice el cronista respecto al poseedor del castillo; éste pertenecía a los Cabrera, y en 1285 la marquesa del mismo nombre era esposa del conde de Ampurias, el cual, ocupadas la mayor parte de sus tierras por los franceses, había refugiado en Montsoriu.

Los Cabrera, condes de Módica, residieron durante mucho tiempo en el castillo de Montsoriu, pues, a pesar de ser poseedores del antiguo castillo de Blanes, conocido por la torre de San Juan, este castillo, capaz para una reducida guarnición y en lugar poco accesible, no constituía una residencia bastante aceptable. Los orígenes de esta torre de Blanes son difíciles de determinar, si bien puede ser obra del siglo XI o XII, con todos los caracteres de la arquitectura militar de la época, a pesar de que algunos historiadores lo presenten como vestigio de la blanda romana. La construcción de la nueva mansión residencial en la villa de Blanes no debía empezarse hasta el siglo XIV.

El castillo de Montsoriu o Montsoliu no forma parte del gran macizo del Montseny como parece, sino que está enclavado en una colina de forma cónica y separada por completo de todo el conjunto. Su estructura es impresionante, verdadero nido de águilas; sus declives son de pronunciada pendiente y espesa vegetación; la gran extensión de sus muros y la complejidad de sus elementos hacen que, sin duda alguna, sea la más ambiciosa y perfecta construcción de todo el país, centinela vigilante del pueblo de Breda, que hizo posible su desarrollo al amparo del cual se edificó el monasterio benedictino fundado en 1038 por Gerardo de Cabrera y su esposa Ermesindis.

Actualmente quedan completos tres recintos escalonados que formaban su sistema de defensa. El primero, exterior, está formado por un muro fistoneado de torres cuadradas, dentro del cual existe un amplio albacar. En plan más amplio se encuentra el segundo, constituido por la vastísima plaza de armas y, a su entorno, las dependencias sobre las cuales arranca el paso de ronda. En uno de los extremos de la citada plaza, sobre elevado pedestal, se levanta la torre del homenaje, detrás de la cual se encuentra el recinto interior, también amurallado y torreado, donde había la residencia señorial; su estructura señala diversas épocas de ampliación que van desde los siglos XII al XV.

Actualmente una carretera moderna, hasta el pie del castillo, lo hace más asequible y facilita su visita. El último tramo del camino que rodea el muro exterior conduce a la puerta que está situa-

da a Levante. Esta primera muralla, derruida en toda su parte superior, no circundaba el castillo en su totalidad, sino que se abría por ambos lados de la fortaleza. Respalda un baluarte cuadrado, una torre del segundo recinto, en su ángulo occidental, siguiendo hacia el Este para terminar debajo de los cilíndricos torreones del palacio señorial o tercer recinto, situado en aquel extremo.

La muralla avanza en tres torres cuadradas, de sillares y mampostería. En la última de éstas existe la primera puerta bien defendida por arpilleras y obstruida por un muro que prolonga el de la torre interior.

Penetrando en el recinto inferior por el lado derecho y abierta en el muro transversal, se halla la segunda puerta. El segundo y principal recinto, forma cuadrilátero alargado e irregular sobre un talud donde se alzan seis torres cilíndricas, más otra de cuadrada y de anchas dimensiones, que tal vez se utilizó para salida, en la parte posterior y septentrional.

En la plaza de armas, también de trazado irregular y con bóveda de dimensiones extraordinarias, se observa en la parte Sur lo que fue capilla, pequeña y de forma rectangular, con gracioso ventanal de tipo ojival y vestigios de un minúsculo campanario de espadaña. Otras dependencias se levantan al exterior en arco bajo que debían constituir los anaqueles de las ventanas. Todo elemento ornamental o esculturado ha desaparecido.

El acceso normal al palacio residencial está en la parte opuesta a la torre del Homenaje. Existe un pasaje abierto que se dirige al interior, para darle entrada, al otro extremo sobre el monte, ofrece un mirador magnífico de singular belleza. Este corredor está cubierto apuntando sobre cuatro poderosos arcos de arranque muy bajo. Unas escalerillas y una puerta a la izquierda, dan paso al recinto señorial del castillo.

Al fondo del modestísimo patio, se observa la puerta, de arco, que da acceso a la planta baja de la torre, que consta de varios pisos con bóveda independiente, llegando a la parte superior encima del «adarb». Este domina todo el castillo como terraza enmartelada del palacio, bien dispuesta para la lucha, con abundantes aspilleras y troneras para el suministro de pertrechos de guerra.

En la colina denominada de «Les Bruixes» separada del conjunto en su extremo oriental, existen las ruinas de un castillo o posición avanzada.

Montsoriu, desde el año 1471 que el rey lo cedió a Juan de Sarriera, ha pasado a manos de diversos propietarios, sin que ninguno de ellos le haya prestado su más mínima atención, a pesar de ser de gran ornato en la cima donde está emplazado y en las primeras estribaciones de las Guillerías, cara al mar.

